

Un neumático pinchado



Era lunes, y los lunes nunca eran buenos para George. Estaba parado en su entrada, mirando su auto y sacudiendo la cabeza. En realidad, no estaba sorprendido. Hace muchos años que la mala suerte lo perseguía y hoy no era diferente. Su neumático estaba completamente pinchado. George estaba a punto de explotar:

—¡Hoy no!— gritó, mientras abría el maletero y veía que el repuesto también estaba pinchado.

Recordó las palabras de su esposa: «Deberías arreglarlo, George. Un día tendrás un neumático pinchado y desearás tener uno de repuesto». Ella siempre tenía razón, pensó.

George decidió pedirle a su vecino Dave que lo llevara ya que también trabaja en el centro, pero Dave ya se había ido. George tenía una reunión importante con su equipo y hoy no podía llegar tarde. Hoy no. Frustrado, volvió a casa. Se puso a pensar en alguien del trabajo a quien pudiera llamar para pedir ayuda. Pensaba y pensaba. Hasta que se dio cuenta de que nadie del trabajo

podía ayudarlo. Su única opción era su esposa y era la última persona a la que quería pedirselo.

Dentro de la casa, reinaba el caos habitual: su perrita corría de un lado a otro mientras su esposa hacía todo lo posible para que los niños desayunaran antes de ir a la escuela. Los niños empezaron a gritar de alegría cuando vieron a George: «¡Hola, papi!». Su hija se acercó, lo abrazó y le dijo: «Te amo, papi». Su hijo gritó: «Pa, ¿podemos jugar baloncesto?». George era como un famoso que no quiere serlo dentro de su casa. Él solo quería silencio.

—¡No! —gritó George—. No es fin de semana y tengo que ir a trabajar. Cariño, tengo un neumático pinchado y una reunión muy importante. ¡Necesito tu auto! —dijo desesperado.

—¿Y el repuesto? —preguntó ella.

—Nunca lo arreglé —admitió George.

—No puedo ayudarte. Tengo que llevar a los niños a la escuela, tengo una cita con el dentista, tengo que ir al veterinario y una reunión de padres y docentes. No eres el único que tiene cosas que hacer. Actúas como si fueras el más importante, pero yo estoy a cargo de la casa y de la familia. Si hoy no tengo el auto no puedo hacer *mi* trabajo —dijo ella.

—Sí, pero si llego tarde a esta reunión, podría perder mi trabajo —respondió George.

Mientras George y su esposa continuaban discutiendo, su perrita de cinco meses saltó sobre George y esto aumentó su frustración.

—¿Por qué compramos esta perra? —preguntó— ¿Es necesario tener un perro ahora con todo lo que nos está pasando?

—¡Muy bien, mira lo que hiciste! —exclamó su esposa, mientras su hija lloraba y decía:

—Papá no quiere a Sammy.

—No puedo ocuparme de esto ahora —dijo George— ¿Puedes dejarme después de llevar a los niños a la escuela? —preguntó—. Quizás llegue a la reunión.

—No tengo tiempo, George. ¿No escuchaste todo lo que tengo que hacer? ¿Por qué no tomas el autobús? La parada del autobús está a casi dos kilómetros —sugirió ella.

—¿El autobús? No he tomado un autobús en años —dijo George, frustrado.

—Hoy lo harás —respondió su esposa sin rodeos.

—Está bien —dijo George. Agarró su bolso y salió furioso hacia la parada del autobús.

El autobús nro. 11 se detuvo frente a George, quien estaba muy cansado. Se sorprendió de haber llegado a tiempo. Pensó: «Con mi suerte creí que lo perdería».

Al subir, la conductora lo saludó alegremente:

—¡Buen día para ti, cariño!

George gruñó y se sentó. Se preguntaba por qué ella estaba tan feliz un lunes. La conductora continuaba mirándolo por el espejo retrovisor.

—¿A dónde vas? —preguntó ella.

—¿Yo? —George le preguntó señalándose.

—Sí, tu cariño. Es la primera vez que te veo en mi autobús y conozco a todos en esta ruta.

—A trabajar en la empresa NRG —respondió George.

—¿Ese edificio en el centro con la gran bombilla?
—preguntó emocionada.

—Sí, hacemos bombillas —dijo George.

—¿Qué te trae por mi autobús hoy? —preguntó la conductora.

—Un neumático pinchado —respondió—. Odio tomar el autobús, pero no tenía otra opción.

—Bueno, relájate y disfruta del viaje. Mi nombre es Joy. ¿Cuál es el tuyo?

George murmuró su nombre, esperando que ella lo dejara en paz. No estaba de humor para charlar. Incluso en sus mejores días, a George no le gustaba conversar y definitivamente hoy no tenía ganas de hablar con una conductora muy alegre de nombre Joy. George no podía recordar la última vez que sintió alegría. Pensaba: «Apuesto que no tiene preocupaciones. Solo tiene que manejar el autobús todos los días, sonreír y ser simpática con extraños. No sabe nada sobre mí. No sabe que tengo que lidiar con mucho estrés todos los días. No sabe las responsabilidades que tengo en mi trabajo y en mi casa. Mi esposa, mi jefe, mis hijos, mis empleados, fechas límites, la hipoteca, el pago del auto y además mi mamá enferma».

Pero Joy sí podía ver el estrés en George. Todos los días podía identificar a los pasajeros que subían y bajaban de su autobús con una falta de energía evidente, como si hubieran perdido su luz interior. En su recorrido se encontraba con pasajeros cansados, con mucho estrés y con

mucho trabajo. Por eso se propuso llenar de energía a todos en su autobús. Lo llamaba «El autobús de la energía».

—Sabes que subiste a mi autobús por una razón, George —dijo firmemente—. Todos lo hacen.

—No, subí a tu autobús porque tenía un neumático pinchado —respondió George.

—Puedes elegir verlo así o puedes ver el panorama general. Todo sucede por un motivo. No olvides que cada encuentro, cada experiencia vivida, incluso cada neumático pinchado tiene un porqué. Puedes elegir ignorarlo o aprender. Cada problema tiene algo valioso que enseñarnos y cada elección determinará si tu vida se convierte en un éxito o una gran novela. Y puedo decirte que al mirarte me doy cuenta de que no estás tomando las decisiones correctas. Elige sabiamente, George.

El autobús se detuvo y George bajó rápidamente. «Elige sabiamente; telenovela» pensó, encogiéndose de hombros. Su equipo lo estaba esperando y odiaba llegar tarde.

Joy sabía que los pasajeros tercos como George tenían el mayor potencial. Ella había sido como él una vez: deprimida, cansada y negativa. La verdad directa a veces era la única forma de avanzar. Esperaba que sus palabras ayudaran a George, incluso si nunca lo volvería a ver.

